

Corberà, 21 de junio de 1707

—Que Dios me permitiera vivir tantos años para tener que presenciar algo así...

La voz de la anciana sonó quebrada por el dolor. Sus manos arrugadas temblaban, incapaces de sostener la escudilla de gachas que Isabel acababa de darle. La joven tuvo que sujetarla antes de que la mujer se rompiera en un llanto amargo.

Isabel se levantó despacio y, alzando la vista al cielo, se secó el sudor con el dorso de la mano. Entonces se alegró de que su querido padre estuviera muerto para no tener que contemplar el espectáculo que se dibujaba ante sus ojos.

Una gran columna de humo ascendía en el horizonte. Se extendía como un negro presagio de muerte a través de lo que debía ser un claro cielo de verano y llenaba el aire con un asfixiante aroma a quemado. Era el mismo humo negro que se veía desde hacía dos días y que teñía el horizonte con un resplandor anaranjado al caer la noche. No necesitó escuchar las noticias de los desgraciados que habían conseguido escapar: Xàtiva ardía. El francés había ordenado prenderle fuego, arrasar la ciudad hasta los cimientos para que sirviera de escarmiento para cualquier otra población que osara resistirse a su avance. El marqués D'Asfeld y sus hombres se afanaban en cumplir su orden con minuciosidad y deleite.

Isabel de Corverán se llevó la mano al pecho y trató de contener las lágrimas. Muchos de sus conocidos habrían perdido su hogar. El propio palacete que su familia tenía en la ciudad debía de haber quedado ya reducido a cenizas, y aun así eran afortunados de conservar la vida. Desde Almansa, los franceses ahorcaban a cualquier partidario del archiduque Carlos de Austria que caía en sus manos, y cualquier hombre resultaba sospechoso de serlo. Por eso la mayoría había optado por dejar atrás a sus familias, huir a la sierra y unirse a las partidas de *maulets*, que continuarían la lucha junto a los restos del ejército austracista.

Mujeres, niños y ancianos habían acudido a la alquería de Corberà con la esperanza de obtener asilo. Labradores de la zona, e incluso algún soldado portugués que huía de las redadas que se sucedían en el camino de Valencia, se habían detenido para obtener algo de descanso y provisiones para sus alforjas antes de continuar camino hacia la sierra. Isabel auxiliaba a todos. Era lo correcto. Sabía que su padre habría hecho lo mismo de estar vivo, y Jaume...

El eco de varias detonaciones de mosquete llegó a sus oídos. Hasta ese instante habían estado tranquilos, pero aquellos disparos sonaban demasiado cerca. Tratando de disimular su nerviosismo, recogió sus faldas y ascendió los escalones de la arcada de piedra que daba acceso a la gran casa de campo. Josefa, la vieja dueña que la había atendido desde la muerte de su madre, la miraba desde la puerta con el miedo reflejado en sus facciones marchitas.

—Franceses... —No era una pregunta, sino una afirmación—. Vienen los franceses. Quemarán la casa, y solo Dios sabe qué más pueden hacerles esos desalmados a unas pobres mujeres solas.

Permaneció en silencio, sus ojos verdes se posaron en una de las refugiadas de Xàtiva que estaba sentada junto a las cocinas. La mujer no debía de ser mucho mayor que ella misma,

pero su rostro estaba ajado por el dolor y el sufrimiento. Estaba despeinada y sus ropas, antaño de calidad, estaban gastadas y sucias; sostenía contra su pecho a un niño de alrededor de un año y otra chiquilla muy pequeña se abrazaba a ella llorosa. Recordó que alguien le había contado que una de aquellas desdichadas había sido forzada por los franceses delante de sus hijos pequeños. Que esos malditos los habían amenazado de muerte para evitar que se resistiera. Isabel supo que debía de ser ella, por la forma en que esta se aferraba a su niño, a la par que se balanceaba con la mirada perdida en la nada. Cerca, un anciano roía un mendrugo de pan con queso mientras varios chiquillos más se afanaban en rebañar el contenido de un plato de gachas. Toda esa pobre gente dependía de ella, eran su responsabilidad. Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar en lo que podía ocurrir con aquella gente y con todos los habitantes de la pedanía si los franceses llegaban hasta allí y decidían tomar represalias sobre ellos.

—Doña Isabel... —Don Antonio, el administrador de sus tierras, avanzó acompañado por tres hombres del pueblo. Los cuatro estaban armados con viejos arcabuces y mosquetes de caza—. Si los franceses tratan de asaltar la casa, nos defendemos.

—Nadie va a hacer nada, don Antonio —contestó con calma—. Vos y los hombres, regresad a vuestras casas. Soy la señora de estas tierras, y nadie que esté bajo mi protección sufrirá daño mientras yo viva.

—Señora...

—No, don Antonio —le cortó en seco—. Obedeced. No van a quemar la casa. Además, todas las patrullas francesas han pasado siempre de largo. ¿Por qué habrían de molestarnos ahora?

Josefa la miró fijamente. A ella era difícil engañarla, había ayudado a traerla al mundo y, tras la muerte de su madre, la había criado como a una hija. Ella sí podía leer el miedo en sus

ojos verdes, en la rigidez de sus movimientos, en la forma en que sus dedos se crispaban sobre la barandilla de la escalera, que daba acceso a las cámaras superiores de la alquería.

Isabel observó en silencio cómo los pocos hombres que quedaban en la pedanía marchaban a sus casas. Eran solo labradores y trabajadores de los telares de seda, gentes de bien que habían de mirar por sus familias. No se derramaría sangre si estaba en su mano evitarlo. Ocurriera lo que ocurriera, le haría frente con la cabeza alta. Y lo haría sola.

PRIMERA NOCHE

1

Fue el diablo en persona quien se presentó ante su puerta, montando un semental enorme, tan negro como la boca del infierno. Había visto muchos grabados en los libros y había escuchado los sermones del padre Miguel y los cuentos con los que su abuela y la buena de Josefa trataban de asustarla por las noches. Siempre mostraban al diablo como una bestia deforme, de piel rojiza, con cuernos de macho cabrío y cola de reptil, una criatura inhumana y grotesca que nunca inspiró en ella más que risa, y no un temor como el que pretendían infundirle. Ella sabía que esa figura no era real. En el fondo de su alma, Isabel estaba segura de que, de existir el diablo, este se vería como un hombre. Como ese hombre: una figura peligrosa e inquietante. La del despiadado jinete del Apocalipsis que había aparecido a caballo en la misma entrada de su casa.

Desde donde estaba, de pie en medio de la escalera, no podía decir si sus ojos eran azules como el hielo o de un gris tormentoso, brillando amenazadores bajo la sombra que proyectaba el ala de su sombrero negro adornado con plumas blancas. Pero sí calculó que no era mayor, quizá no más de treinta y cinco años. La luz del sol que se filtraba entre el humo del incendio parecía teñir su uniforme de rojo sangre y hacía refulgir como el fuego los adornos dorados de su casaca blanca y de la espada que llevaba sujeta al cinto, bajo el fajín de color azul cielo. Isabel no necesitó más.

Los franceses habían llegado a su puerta.

Se permitió cerrar los ojos e inspirar profundamente antes de continuar descendiendo los escalones de piedra, dispuesta a enfrentar lo que fuera que el destino le tuviera reservado con el porte y la entereza de una dama de su posición.

«No es más que un hombre. Y tú ya no eres una niña asustada, tienes veinte años. Eres una dama, Isabel, y la señora de estas tierras —se recordó con firmeza—. ¡Actúa como tal! No dejes que huela tu miedo».

—¿*Monsieur*? —preguntó, haciendo acopio de toda la calma y dignidad que fue capaz de reunir—. Si vos y los vuestros habéis llegado con la intención de quemar esta casa, os sugiero que comencéis arrojando las antorchas al interior. Como veréis, el exterior es de piedra maciza y ladrillo, muy resistente al fuego, *monsieur*.

En un principio casi se alegró al ver que sus palabras habían provocado un pequeño destello de sorpresa en la mirada del oficial.

—No temáis, *madame*. A estas alturas ya nos hemos convertido en unos expertos en provocar incendios. Llegado su turno, la casa arderá con la misma facilidad que esa condenada ciudad. —Sus palabras, dichas en un correcto castellano con un ligero acento francés, rezumaban arrogancia y parecían hacer gala de una ácida ironía.

—¿Así que tenéis la intención de quemarla? —preguntó, tratando de parecer indiferente mientras él desmontaba con calma—. Es solo simple curiosidad, *monsieur*.

Había llegado al pie de la escalera, y al darse cuenta de lo alto que era decidió quedarse en el último escalón para poder mirarle cara a cara. No. Ella era Isabel de Corverán y no iba a permitir que ese hombre la intimidara, por mucho que tuviera su vida en sus manos.

—Bueno, si insistís, *madame*, estaremos encantados de hacerlo. Pero lo cierto es que solo estamos inspeccionando la pro-

piedad, evaluando la posibilidad de usarla como cuartel para mis oficiales durante esta semana.

Una tensa sonrisa se dibujó en los labios de la joven, al tiempo que una oleada de alivio cruzaba su rostro. La idea de que, al menos durante unos cuantos días más, ella y las gentes a su cargo estuvieran a salvo le había hecho bajar la guardia ante el francés. Y eso que era algo que no podía permitirse, menos ante un adversario como el que tenía delante.

—Y decidme, *madame* —continuó el oficial—. ¿Sois vos la dueña de esta propiedad? ¿O tenéis acaso un padre o un marido con el que pueda tratar?

—Cualquier asunto que deseéis tratar, habréis de hacerlo conmigo, *monsieur* —contestó alzando el mentón con orgullo—. Soy Isabel de Corverán, y, desde la muerte de mi padre, solo yo soy la señora de estas tierras y de la pedanía de Corberà.

De forma inesperada, el oficial se quitó el sombrero haciendo una pomposa reverencia, avanzó un paso hacia ella y tomó una de sus manos antes de inclinarse para colocar un rápido beso en su dorso. Más por sorpresa que por disgusto, Isabel apartó su mano de la del hombre como si le hubiera quemado. Una sonrisa maliciosa se dibujó en el rostro del oficial. Un rostro que, aunque fuera a regañadientes, la dama debía admitir que era el más atractivo que había visto en su vida.

—*Mademoiselle* de Corverán, es un inmenso placer. —Había una amenaza velada en su voz. Parecía que su reacción aterrizada le hiciera disfrutar de alguna manera perversa—. *Colonel Armand de Sillègue, Regiment du Dragons d'Antevielle au service de Sa Majesté le Roi Louis XIV.*

Isabel sintió como si su estómago se diera la vuelta al oírle decir su nombre. Este era el mismo coronel Armand de Sillègue a quien muchos ya apodaban El Carnicero después de sus hazañas en la batalla de Almansa y la brutalidad con la que daba caza a los partidarios del archiduque. Algunos incluso hablaban de él como si ni siquiera fuera humano. Y ahora, teniéndolo

frente a ella, al ver esa ambición despiadada que ardía en unos ojos tan claros e irreales que bien podrían pertenecer a un ángel antes que a un demonio, podía entender el porqué. Este era el hombre que pretendía alojarse en su casa. Uno que la aterraba y al que despreciaba. Pero había algo más. Algo que no podía entender y que no era capaz de nombrar. Y que se negaba a tratar siquiera de hacerlo.

Por un instante se permitió evocar las palabras que su padre le había dicho muchas veces. Era un todo un caballero, sabio, bueno, muy devoto de Dios y la Virgen, que le había recordado en un sinfín de ocasiones que debía amar a sus enemigos y aceptar con resignación todo lo que el Señor decidiera enviar sobre ella, aunque fuera la peor de las desdichas. Una y otra vez le había dicho: «Todo lo que tú puedas ofrecerle a quien te quiera mal es una cosa menos que podrá tomar de ti...». Nunca había sido tan consciente de lo que aquellas palabras implicaban hasta ese momento. Por mucho que le doliera su orgullo, si quería tener una posibilidad de salir con bien de aquello, no tenía más que un camino.

—Vos y vuestros hombres son bienvenidos en mi casa, por supuesto. ¿Deseáis que os muestre la propiedad, *monsieur*?

Se limitó a asentir esbozando una sonrisa de complacencia. Pensó que él interpretaría su falta de resistencia como un signo de cobardía. Nada iba a cambiar eso. Sin embargo, cuando empezó a conducirlo a través de su enorme casa de campo, no pudo dejar de preguntarse qué más tendría que entregar a ese hombre antes de que él lo tomara por la fuerza.

2

De Sillègue se había dado cuenta de la presencia de una mujer madura, vestida de luto, que, supuso, debía de ser la dueña de la joven. Los seguía a cierta distancia, mientras su señora le guiaba de una estancia a otra de la gran casa. En apariencia, Isabel se mostraba tranquila, altiva, como si solo estuviera recibiendo la visita de un incómodo pariente lejano. Pero Armand podía sentir con claridad su miedo. Un miedo que se manifestaba a través de las nerviosas explicaciones que le daba mientras le mostraba los salones y la biblioteca de la planta baja, así como la bodega, la despensa y la cocina, que estaban en el edificio anexo al otro lado del patio. Ese nerviosismo se hizo mucho más evidente cuando le escoltó escaleras arriba para enseñarle las cámaras. Una a una, fue abriendo las puertas a lo largo del oscuro pasillo para que pudiera echar un vistazo al interior, y, pese a que encontraba de lo más divertido el hecho de que la joven pareciera evitar pisar el interior de cualquiera de los dormitorios en su compañía, le estaba empezando a cansar. Fue cuando ella se estaba disculpando por tercera vez por el estado de abandono de las habitaciones cuando permitió que su impaciencia aflorara a la superficie.

—*Mademoiselle* de Corverán —gruñó con suavidad, interrumpiéndola a mitad de una frase. Por un momento se deleitó en el miedo que su voz podía provocar en aquellos hermosos

ojos verdes—, ¿tenéis intención de salvar vuestra casa a costa de hablarme hasta la muerte?

Ella se quedó sin habla; Armand, en cambio, apenas pudo contener la risa al ver la expresión de su rostro: una mezcla de temor, vergüenza y perplejidad. Estaba descubriendo que disfrutaba burlándose de esa muchacha mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Además, Isabel de Corverán era, sin lugar a dudas, una criatura encantadora. El corpiño del vestido en tono lavanda que llevaba parecía hecho para realzar su esbelta figura. Su cabello era una densa masa de rizos oscuros que llevaba recogido en un moño bajo y que enmarcaba un rostro ovalado, una nariz recta y unos labios carnosos y sensuales. Los ojos verdes, ligeramente rasgados, dotados de unas pestañas densas y negras, le miraban de forma directa, con una valentía digna del mejor de los adversarios. Y aun así, era capaz de percibir las emociones, los miedos que se arremolinaban bajo una máscara de fría dignidad.

—Disculpado, *mon colonel*. Solo pretendía que os familiarizarais lo antes posible con la propiedad. —Él alzó las cejas mirando con indiferencia las plumas blancas que adornaban su sombrero.

—Está bien, me parece que ya estoy lo bastante familiarizado, y creo que mis hombres lo encontrarán todo de lo más acogedor. En cambio, no he visto unas habitaciones que sean por entero de mi agrado. Soy un hombre exigente, *mademoiselle*, y, como podéis imaginar, de gustos... refinados. —Su mordaz comentario fue recompensado por el tenue rubor en sus mejillas—. Decidme, *mademoiselle* de Corverán, ¿dónde dormís vos?

Isabel abrió los ojos sorprendida, para después mostrarse visiblemente abatida. De Sillègue suponía que ella pensaba que nunca sería capaz de pedirle algo así. Y, sin embargo, sabía que también estaba lo bastante asustada para no negarse a su solicitud, aunque eso fuera por completo indecoroso.

—Por supuesto, coronel, por favor...

Fue lo único que dijo mientras le hacía un gesto para que la siguiera por otro pasillo y después a través de una puerta que no conducía a sus habitaciones como había supuesto, sino a otro tramo de escaleras, oscuras y estrechas. En lugar de sentirse irritado, Armand disfrutó de la cercanía a la que ese corredor les forzaba. Podía olerla, un sutil aroma a jazmín que encontraba de lo más excitante. Apartó la idea con rapidez de su mente. Ya habría tiempo para eso más tarde.

—*Mademoiselle* de Corverán, ¿acaso habéis elegido vivir en el ático? —preguntó intrigado—. Me parece algo más propio de criados que de la señora de la casa.

—Oh, esto no es exactamente una buhardilla. Mi padre hizo acondicionar esta parte de la casa debido a que me gusta la tranquilidad. Además, es fresca en verano y el calor de las chimeneas hace que se mantenga más caliente en invierno.

—Qué bien —replicó sin disimular su sarcasmo. Ella le dirigió una mirada de disgusto por encima del hombro.

—Sí, coronel —afirmó con vehemencia al llegar ante una puerta pintada de blanco—. Mi padre era más aficionado a la paz de esta propiedad que al bullicio de nuestra casa de Xàtiva; él siempre quiso que tuviera lo mejor.

Se podía apreciar una nota de tristeza en su voz al tiempo que abría la puerta con mano temblorosa. Armand se vio sorprendido por el lujo de la alcoba. Con apenas disimulado asombro, caminó a través del salón, amueblado con una riqueza y elegancia dignas de los mejores palacetes de la nobleza parisina. Recordaba haber tomado a la aburrida esposa de un conde en una cama más pequeña que la que ahora tenía ante sus ojos. Unas lujosas cortinas de terciopelo azul real envolvían la montaña de sábanas y colchas en seda azul y blanca. Sus ojos se apartaron del lecho para ir a fijarse en la chimenea de piedra, e incluso en el hermoso clavecín de madera lacada con adornos en pan de oro. La habitación era mucho más espléndida de lo

que jamás habría imaginado en una villa de campo; era incluso digna de un castillo. Debía reconocer que toda la casa era magnífica, fruto, sin duda, de la considerable fortuna que aquella familia había amasado con el negocio de la seda a lo largo de generaciones.

Dejó caer su sombrero en una butaca cerca de él y se volvió hacia la pequeña biblioteca que había junto a una pared. Sus ojos azul grisáceo recorrieron los volúmenes con curiosidad. Junto a los libros en lengua valenciana y castellana, como los de María de Zayas, destacaban obras de Petrarca, Dante y Boccaccio, e incluso comedias de Molière, todas en su lengua original. Su dedo recorrió los lomos de los volúmenes, algunos tan antiguos que bien podían ser ediciones originales, para terminar posándose en unas antologías de poemas de Verónica Franco, la famosa cortesana veneciana. Aquello espoleó aún más su curiosidad.

—¿Todos estos libros son vuestros? —La joven asintió—. Extrañas lecturas para una dama y mucho más viendo vuestra clara predilección por lo italiano.

Ella se adelantó un paso y, en un gesto que le pareció significativo, tomó el volumen de poemas entre sus manos. Por un instante, lo miró en silencio.

—Mi padre era de la opinión de que una mujer no debe tener una instrucción menor a la de un varón, y más cuando parte de nuestros negocios están en Italia, Flandes o la misma Francia —aclaró, volviendo a colocar el libro en su lugar—. Además, mi madre era veneciana. Esto hace que sienta un mayor aprecio por lo italiano.

Armand la miró con detenimiento. Siempre había oído alabar la belleza y sensualidad de las mujeres de la ciudad de los canales. Una belleza que, de seguro, aquella joven había heredado. Verla en medio de tanta riqueza parecía algo totalmente natural para ella, como si hubiera sido hecha para la simple contemplación y el lujo. Y, pese a todo, seguía comportándose

con una total sencillez, como si nada tuviera la menor importancia. Casi sin desearlo, tuvo la repentina visión de su delicado cuerpo hundiéndose entre las sábanas suaves, a él mismo levantando la pesada falda hasta sus caderas, recorriendo con sus manos la suavidad de sus medias, las cintas de las ligas, hasta rozar la piel cálida de sus muslos desnudos, colocándose sobre ella y empujando para obtener aquello que con tanto celo ocultaba. Parpadeó y apartó la imagen de su cabeza, para evitar que su erección se hiciera patente. Observó de nuevo a *mademoiselle* de Corverán. La joven seguía mirándolo con aquellos ojos grandes y asustados... Sí, él era un oficial del rey. Su deber se limitaba a cumplir órdenes, un deber que las más de las veces podía resultar desagradable, pero que de vez en cuando podía convertirse en un verdadero placer.

—*Mademoiselle* de Corverán —comenzó esbozando una diabólica sonrisa que, sabía, era capaz de atemorizar a su más feroz adversario—, esto me servirá.

3

Isabel se estremeció por dentro ante las palabras del altivo coronel De Sillègue. Ella había visto el deseo, apenas velado, en sus ojos mientras estos recorrían sus aposentos. Nadie podía imaginar lo ultrajada que se sentía por el simple hecho de tenerle allí, en un lugar tan privado para ella. Ningún hombre, salvo su propio padre y alguna visita del doctor Mora, habían pisado su alcoba, y eso cuando todavía era una niña. Esa habitación era su refugio, su torre, su santuario, y ahora ese francés, como el diablo que era, pretendía mancillarla. Pero no tenía otra alternativa. Tenía que aceptar que la noche anterior había sido la última que había dormido en la que fuera su cama durante los últimos trece años. De Sillègue la ocuparía desde esa noche hasta que la maldita caballería borbónica se largara. Miró de nuevo hacia el lecho y, por un momento, su mente imaginó aquel cuerpo largo, bronceado y musculoso, envuelto entre sus sábanas de seda. Se apartó de él con brusquedad, horrorizada ante esa imagen tan tórrida e inoportuna.

—¿Coronel, sería posible que retirase algunos de mis objetos personales antes de que vos y vuestros hombres os instaléis en la casa?

Intentó parecer lo más indiferente posible, pero, aun así, sus palabras sonaron torpes y atropelladas. Un hombre de su rango debía ser un caballero, y como tal esperaba que no fuera tan

descortés como para echarle de su casa tan solo con las ropas que llevaba puestas. En el fondo, tenía pocas esperanzas de obtener siquiera esa merced.

—Oh, *mademoiselle* de Corverán, aunque hayáis pensado lo contrario, yo jamás me atrevería a arrebatáros vuestra habitación, o esta casa. Eso sería... —sonrió con malicia mientras fingía buscar las palabras en su idioma— poco caballeroso. ¿No os parece?

—Me alegra saber que a pesar de todo lo que se dice de vos, sois un verdadero caballero, señor —respondió con visible alivio, un alivio que pareció desvanecerse al verlo avanzar de forma súbita hacia ella, con el largo cabello negro arrojando sombras sobre su aristocrático rostro, sus ojos de hielo fijos en los suyos, antes de detenerse a tan solo un palmo de su cuerpo. Ni siquiera fue capaz de respirar cuando él se inclinó y sus labios estuvieron a tan solo unos centímetros de rozar su oreja.

—Ya que mi regimiento va a estar por aquí solo una semana, parece del todo innecesario pedirnos que os mudéis de habitación. Como vos sabréis, un caballero jamás tomaría las habitaciones de una dama. —Hablaba con voz profunda, arrastrando las palabras con suavidad, y su aliento acariciaba su cuello—. Y yo soy, como vos comprenderéis, un caballero. Así que lo más sencillo será que la compartamos. ¿No os parece?